

# EL CARRO PASA...

—¡Aidaaa!...

La exclamación, repetida monótonamente a lo largo de la calle, va acompañada de una invitación del *akullu*, que marca círculos invisibles en el aire. Es el único grito, que domina la placidez de la mañana soleada, de estas mañanas callejeras que comienzan a templarse con un sol convaleciente de verano retrasado.

El boyero, dueño del asfalto, marcha por delante; lleva la boina volcada sobre la frente, a modo de visera, una colilla apagada que se pierde en la comisura de los labios, y se diría, al verlo tan alejado de la yunta que cansinamente le sigue, que hay en su paso medido y en la mirada recelosa, un mucho de inquietud.

Mejor estaría su figura, su estampa clásica, enmarcada en un paisaje de égloga, junto al riachuelo saturado de rumores y bordeando manzanos florecidos, o por la calzada fangosa que cruza mullido helechal, mientras la *chirrisela*, esa música estridente de los ejes resecos y brillantes, deja la estela aguda del laboreo de nuestros campos...

Pero no; el aldeano, los bueyes y el vehículo que arrastran, discurren por caminos urbanos, sembrando entre la gente que los contempla una huella de desasosiego, cuando no un hito de mudo estupor. ¿Desde cuándo—se pregunta uno—esos bueyes valetudinarios corren las calles de la Villa ensartados a un carrómato de semejante jaez?...

Porque si bien es verdad que el aldeano y su pareja bovina no traen al espectador otra emoción que la puramente lírica, salpicada de jugosa poesía rural, el carro bamboleante, su factura de construcción absurda y la balumba de la carga, llena de extraños sonos, deposita en el ánimo de quien lo presencia todo un mundo de funeraria inquietud. Como dice al verlo cierto amigo mío, que presume de vándulo cuando no es más que un fenicio vulgar, "ese carro es un carro que lleva frío a los dientes y hace arrugas en el corazón"... Y cuando mi amigo dice esto, dice una gran verdad.

Entré en hondas sospechas una tarde de invierno, en la que el viento y el *sirimiri*, velando la última luz del día, echaban minúsculas refringencias sobre los tejados chorreantes, que iban a perderse en la noche. Si digo que cuando corría yo pegado a las paredes con intención de acercarme al fúnebre carruaje, me latía el corazón con violencia, habré cerrado las puertas a toda suspicacia venal. Pero, salvada la corta distancia, hube de detenerme porque, de momento, a más no me

atreví. ¡Ah! ¿Luego era verdad?... Bajo las diminutas ruedas del inquietante carromato, cuya techumbre alcanzaba la altura de los balcones, iba quedando un reguero rojo, viscoso... que se ensanchaba con rapidez sobre los húmedos adoquines...

El boyero se había adelantado aún más para hablar con alguien, y el carro se detuvo. Fué entonces cuando me decidí a bordearlo para alcanzar su parte trasera, por si desde allí se podía atisbar algo del interior.

El carro, pintado de verde aceituna, chorreaba líquido *sirimiri*. Quedé sobrecogido ante el recio maderamen de su osamenta, ante el hermetismo de sus rendijas. ¿Por qué aquellas persianas tupidas de los costados? ¿Por qué aquel ácido y amargo olor que se filtraba por ellas? ¿Qué hacía allá, perdido en la imponente altura del techo, aquel irrisorio y metálico pescante? ¿Dónde estaba, dónde, el auriga estafalario que se sentaba en él?...

Pero estaba decidido a todo y llegué al final.

Tiré con fuerza de la falleba, y la recia puerta cedió lo suficiente para que yo introdujese la cabeza en el interior. En la oscuridad, apenas fundida por leve claridad que tamizaban las persianas, percibí unas masas de carne, verdaderas piltrafas, bañadas en sangre; y sobre el suelo forrado de zinc y de un enorme caldero que estaba junto a la puerta, parecía querer escapar una terrible cabeza despellejada, con las mandíbulas horrosas al aire, y unos ojos desorbitados, como claraboyas fosforescentes, que habían apresado en sus pupilas vitrificadas todo el terror y el último alarido del descuartizamiento...

Quise escapar raudo, pero no pude; mi paso era torpe. Pasé lento junto a los bueyes y me estremecí de nuevo. Los ojos de aquellos pobres animales, llenos de extravío, me miraban suplicantes a través del *kopetacúa*; no era aquella, no, la mirada plácida, amasada de eternidad, de todos los rumiantes; aquellos ojos cuajados de pavor, parecían querer hablarme. Los bueyes se impacientaban, deseando romper el yugo que les unía al carro de la muerte; sus fauces resacas y rechinantes no daban al aire el flameo de las habas cristalinas... Entonces sí, al ver aquello, conseguí correr.

Todavía hoy, en las noches de insomnio, cuando la zarabanda de ideas y fantasías adquieren el vértigo de un carrussel de feria, viene a mezclarse con la imagen del carro de la muerte, el recuerdo de madame

## FOTOGRAFIA DE EUGENIO FIGURSKI

**¡ATENCIÓN!** Durante las fiestas no dejen de retratarse en esta fotografía. Retratos de boda, grupos de familia, ampliaciones y toda clase de fotografías. Trabajos para aficionados, entrega rápida. Abierto los domingos y días festivos.

CAMINO DE LEZO  
TELEFONO 60-94

RENTERIA



Dupont. ¡Ah, mi vieja amiga! ¡Cómo hubiera gozado ella, hiperestésica y llena de vibraciones, asociándose a las vicisitudes del carro macabro!

Recuerdo a madame siempre igual: vieja, gorda, de carnes flácidas salpicadas de pecas, sentada frente al espejo ovalado y envuelta en una amplia *matiné* de festones. La recuerdo así, con las tenacillas de rizar en el infiernillo y como si un enjambre de maripositas de papel, hechas coquetones lacitos, se hubiera posado en su cabellera estropajosa y recogida. Un olor a zanahorias y coles de Bruselas, su guiso favorito, llegaba de la cocina, y ella, haciendo inciso en el chorro de la parla, llamaba al rubio "Jacot", que, bigotudo y ronroneante, saltaba al regazo, mientras su dueña, con empaque de vieja *vedette*, se ponía sobre el cutis marchito un borlón de polvos de arroz.

No sé si madame en tiempos pretéritos sintió atracción por la cocaína, pero cuando yo la conocí, rota ya la cinta de los sesenta años, se encontraba en la última fase del *pernod*. Algo muy macerado en alcohol barbotaba en su cerebro, porque una tendencia malsana, hecha de aberraciones, tiraba de ella con fuerza incontenible a todo lo truculento que se bañase en sangre. Jack "el destripador", Landrú, el vampiro de Düsseldorf, los fosos de La Morgue y el Museo Grevin, eran los temas favoritos de sus terribles conversaciones, llenas de grandes visajes y enormes parpadeos. Y soñaba con fantasmas estupefacientes que se apuñalaban, y con danzas macabras de niños decapitados... Entre rizos de tenacillas y munificentes

coloquios con el frasco del *pernod*, discurría la existencia atormentada de madame; unas veces somnolienta, otras viviendo con agitación y morboso frenesí el mundillo fantasmagórico de sus carátulas monstruosas...

¡Pobre madame Dupont! ¿Vivirá todavía? ¿Será posible que no haya alcanzado los triunfos maravillosos del Dr. Petiot? Trabajo me cuesta creer que la vieja Madame no haya participado "in mente" de tan opípara orgía de sangre. ¡Con qué exaltación me diría, tomándome las manos: "Oh, mon petit ami; ce docteur est un charmant garçon!"...

Efectivamente, nada mejor que ese carro desgraciado y de mal agüero, para que el Dr. Petiot transportara en él a sus víctimas camino de la cámara fatídica...

Gentes de espíritu sencillo, de ingenuas explicaciones para todo lo que nos rodea, me han asegurado muy serias que este carro de la muerte, este ataúd gigantesco y asombroso, rinde su periplo urbano en el Matadero Municipal. Yo, la verdad, respeto toda ajena opinión y no deseo empeñarme en empresas inútiles, porque tan difícil es desarraigar de ciertas mentes tópicos vulgares, como pretender volver río arriba las aguas que se precipitan en el mar.

El carro está ahí; acaba de doblar la esquina. Que cada uno, con ánimo sereno, contemple su deslizamiento siniestro... y que reflexione sobre lo que se acaba de decir.

SHANTI DE OARSO.

## NUMEROS CANTAN

# Delegación Sindical Comarcal

Para que nuestros lectores tengan noticia de las actividades de la Delegación Sindical Comarcal de Rentería, en relación con los servicios de la Vicesecretaría de Ordenación Social, vamos a incluir algunos detalles numéricos de verdadera elocuencia, referentés al pasado año de 1945.

Helos a continuación:

### CONSULTAS

- Sobre despidos: verbales, 67; escritas, 1.
- Sobre vacaciones: verbales, 20.
- Sobre accidentes: verbales, 10.
- Sobre "plus de carestía de vida": verbales, 11; escritas, 1.
- Sobre "plus de cargas familiares": verbales, 134; escritas, 2.
- Sobre atrasos de salarios: verbales, 35.
- Sobre dietas: verbales, 1.
- Sobre aprendizaje: verbales, 25.
- Sobre vacaciones de aprendices: verbales: 10.
- Sobre jornada: verbales, 2.
- Sobre horas extraordinarias: verbales, 31.
- Sobre descanso dominical: verbales, 36.
- Sobre salidas y viajes: verbales, 1.
- Sobre trabajo a destajo: verbales, 7.
- Total de consultas: 394, de las cuales 390 verbales.

### CONCILIACIONES

- Celebradas, 13.
- Con avenencia, 7.
- Sin avenencia, 6.
- Por despido, 7.
- Por otros diversos motivos, 6.
- Pagos de atrasos e indemnizaciones conseguidas: 46.915,45 pesetas. De ellas, 10.915,55 en actos de conciliación con avenencia.

Como ampliación de los datos precedentes—y por desconocerse las cantidades falladas por la Magistratura, es conveniente hacer constar que la cifra total de las indemnizaciones conseguidas corresponde, sólo, a tres actos celebrados en la misma.

De los otros tres, es conveniente hacer constar que uno de ellos abarcaba el despido de un considerable número de obreros de determinada Empresa, todos los cuales hubieron de ser readmitidos en sus puestos de trabajo.

El segundo fué desestimado, por haberse considerado justificado el motivo del despido.

Y el tercero fué comunicado después de confeccionada la Memoria anual de donde nosotros tomamos los datos expuestos. Sin embargo, sabemos que fué favorable al productor, a quien le fué satisfecha determinada cantidad en metálico muy aproximada a las 2.000 pesetas.

### CANTIDADES Y BENEFICIARIOS SUBSIDIOS FAMILIARES

He aquí unos interesantísimos datos referentes a las cantidades satisfechas, durante el año pasado, en la rama agrícola de la Comarcal de Rentería.

En Rentería: subsidiados, 54; beneficiarios, 182. Total en pesetas: 50.221,20.

En Lezo: subsidiados, 20; beneficiarios, 67. Total en pesetas: 24.655.

En Oyarzun: subsidiados, 142; beneficiarios, 473. Total: 147.908,50 pesetas.

Total de subsidiados en las tres localidades: 216; beneficiarios, 722; total de pesetas: 222.784,70.

Todos estos datos tienen suficiente elocuencia como para que por sí mismos hagan el elogio de las entidades a las pertenecen.